



La noción de experiencia benjaminiana y sus oscilaciones entre la narrativa, la memoria y la justicia

The notion of Benjaminian experience and its oscillations between narrative, memory and justice

LUCÍA RÍOS¹

Resumen: Walter Benjamín generó una amplia producción teórica en diálogo con sus contemporáneos y antecesores manteniéndose un observador agudo interesado por los tiempos que debía atravesar en su condición de intelectual judío y exiliado a partir de la asunción del nazismo en 1933 en Alemania. Sus inquietudes fueron articulando una serie de premisas y desarrollos teóricos que le permitieron atender a las consecuencias potenciales y concretas que tuvo esa intervención directa de la asunción del nazismo en las experiencias cotidianas de sus destinatarios. En el presente artículo me detendré particularmente en las conceptualizaciones y sentidos con que nuestro autor interpreta la experiencia, sus modos de significarla y las relaciones posibles que Benjamin establece entre la experiencia y el concepto de narración, o más precisamente, la imposibilidad de la narrativa. A partir de allí, el entramado analítico se articulará también abordando los núcleos conceptuales de la justicia y la memoria para indagar en la configuración de un pensamiento ético-político en nuestro autor.

Palabras Clave: Experiencia; Narración; Justicia; Memoria; Política.

Abstract: Walter Benjamin generated a wide theoretical production in dialogue with his contemporaries and predecessors, remaining a keen observer interested in the times he had to go through as a Jewish intellectual and exile after the Nazis took power in 1933 in Germany. His concerns articulated a series of premises and theoretical developments that allowed him to address the potential and concrete consequences that this direct intervention of the assumption of Nazism had on the daily experiences of its addressees. In this article I will focus on the conceptualisations and senses with which our author construes this experience, his ways of providing meaning to it and the possible relationships that Benjamin establishes between the experience and the concept of narrative, or more precisely, the impossibility of narrative. From that point of departure, the analytical framework will also address the conceptual cores of justice and memory to investigate the configuration of an ethical-political thought in our author.

Key words: Experience; Narration; Justice; Memory; Politics.

Cómo citar: Ríos, L. (2024). La noción de experiencia benjaminiana y sus oscilaciones entre la narrativa, la memoria y la justicia. *Cuadernos Filosóficos*, 21.

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional [CC BY-ND 4.0]



Fecha de recepción: 28/10/23
Fecha de aprobación: 23/12/24

I. Introducción

Walter Benjamín, exponente de la Escuela de Frankfurt y de la Teoría Crítica, generó su producción teórica en diálogo con sus contemporáneos y antecesores manteniéndose como un observador agudo interesado por los tiempos que debía atravesar en su condición de intelectual judío y exiliado a partir de la asunción del nazismo en 1933 en Alemania.

Es en esta referencia contextual, política y social en la que debemos ubicar a Benjamin, como un pensador del periodo de entreguerras, atendiendo a su condición no sólo de intelectual sino también de perseguido político y académico exiliado, atento a las condiciones de su época, sería atravesado directamente por las mismas, tanto en lo personal como en el ámbito de su prolífica producción. En relación con ella, me interesa centrarme en una de las preguntas rectoras que estructura el pensamiento y las búsquedas intelectuales del autor y que refiere a la rígida y aparentemente implacable intervención del fascismo en el mundo cotidiano de la década del 30 (Benjamin, 2009).

Tomando como eje este interrogante, las inquietudes en Benjamin irán a articular una serie de desarrollos teóricos que le permitan atender a las consecuencias, potenciales y concretas, que genera la asunción del nazismo en las experiencias cotidianas de sus destinatarios. En el presente artículo me detendré particularmente en las conceptualizaciones que realiza nuestro autor sobre la experiencia, sus modos de significarla y las relaciones posibles que Benjamin establece entre la experiencia y el concepto de narración, o precisamente, la imposibilidad de la narrativa.

En este nodo analítico aparecen elementos que posibilitan pensar trazos de una filosofía política donde los modos de definir la justicia que plantea Benjamin están íntimamente ligados a la posibilidad de comunicación de la experiencia. Ello implica a su vez una condición intersubjetiva que hace necesariamente a la transmisibilidad de la experiencia. Así la comunicabilidad se torna uno de sus elementos propios haciendo de ésta una condición necesaria para la existencia de la experiencia. La comunicabilidad refiere a aquello que hace a la experiencia y no a un proceso extrínseco a la misma. Aquello que se constituye como comunicable configura entonces un espacio común con los otros, donde lo común y lo compartido de la experiencia deviene como tal en la comunicación.

Ahora detengámonos en otro elemento conceptual que aparece en relación con el núcleo experiencia-narración: la justicia. Benjamin puntualiza en sus escritos que una de las consecuencias menos deseables de la imposibilidad de transmisión de la experiencia radica en que con su pérdida aquello que se ve desbastado es la vocación de justicia que anima la narración. En *El narrador* (Benjamin, 2008) el filósofo expresa que “El narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo” (p. 96). La justicia está ligada al espacio de lo común significado como la experiencia comunicable y que en su núcleo acoge singularidades y particularidades. Al ser comunicable, la justicia presupone una experiencia intersubjetiva, siendo una justicia que sólo puede comprenderse como intersubjetividad, comunicabilidad y diversidad.

El objetivo general que persigue este trabajo consiste en comprender y analizar el desarrollo de estas nociones presentes en las obras de Walter Benjamin para considerar las líneas de fuga que el enlace de estos conceptos propició para el estudio de su contexto de época. La hipótesis que anima este escrito responde a sostener la importancia de revisitar el núcleo analítico establecido en la relación entre experiencia y narración, dada su relevancia para comprender no sólo cómo se articularon filosóficamente las críticas a las condiciones sociohistóricas del periodo denominado de entreguerras, sino también para indagar cómo se articularon con un modo de comprender la justicia y, en recepciones más actuales, con el ejercicio de la memoria. En este sentido, veremos cómo esa experiencia que suele ser presentada como clausura y finalización se torna en Benjamin una de sus dimensiones más proclives a la apertura y a la problematización en relación con las nociones presentadas atendiendo a que, tal como expresara el filósofo marxista Michael Löwy (2003), “los conceptos de Benjamin no son abstracciones metafísicas: están relacionados con experiencias históricas concretas” (p. 43).

Desde una perspectiva afín a la relación entre literatura y filosofía, la pensadora francesa contemporánea Gagnebin (1999) planteaba que los interrogantes en torno a cómo contar la historia, quién la cuenta y desde dónde, estaban en el germen del pensamiento político y ético benjaminiano en tanto estos interrogantes no podrían considerarse por fuera de las relaciones establecidas entre las nociones expresadas en esta introducción. Esto no hace más que afirmar la voluntad de considerar a Benjamin ya no como un autor que más de una vez ha sufrido con injusticia los motes de ser un pensador marginal, sino como un pensador lúcido, consciente de su época y de su rol en ella: un pensador del exilio.

2. Experiencia, ¿clausura? y temporalidad

Una primera consideración en relación con cuáles serían aquellas caracterizaciones constitutivas de la noción benjaminiana de experiencia sería la de considerar, en primera instancia, que la experiencia benjaminiana debe ser, ante todo, una experiencia comunicada.

Al respecto, su obra “Experiencia y pobreza” (1989b) entrama su pensamiento filosófico como parte emergente en el proceso de reflexión sobre la propia coyuntura política e histórica, atendiendo tanto a los eventos vividos en la primera guerra mundial como también al ascenso del nazismo en el poder. En este sentido, tal como señala Staroselsky (2020), dar cuenta del empobrecimiento de la experiencia es un modo de dar cuenta de aquello que amenaza y de aquello que es puesto bajo amenaza en un momento histórico dado.

Asimismo, es también un texto clave donde aparece esa relación nodal entre experiencia y comunicación. Al respecto, tal como plantea Cabrera Sánchez (2017) en el análisis de dicha obra, la imposibilidad de la comunicación producida por la imposibilidad de narración de la experiencia generaba un efecto de *aislamiento*, una ausencia del vínculo intersubjetivo. Así, el autor señala, “si la experiencia se inscribe en el desarrollo individual, la narración se agota porque no puede comunicar más la experiencia ni puede convertirla en el modo como los seres humanos acontecen críticamente en el mundo” (2017, p. 18). En este mismo sentido, Staroselsky (2020) señala que “se revela así que, para Benjamin, una experiencia no es cualquier vivencia subjetiva, ni cualquier encuentro con el mundo, sino que implica una elaboración de ese material en la forma de un relato significativo para otros” (p. 11).

A partir de estas consideraciones, es posible sostener que su condición de ser comunicada implicaría *a priori* que la misma no quede afincada en el sujeto, sino que adquiriera un carácter intersubjetivo que le permite hacerse transmisible y compartida. Tenemos aquí la primera consideración de la experiencia para Benjamin: para ser tal necesita ser comunicada y para ser comunicada se plantea la necesidad de que alguien pueda transmitirla, alguien pueda recibirla y que se den las condiciones para que la transmisión sea posible, lo cual implica una íntima relación entre experiencia y lenguaje (Pellerano, 2008) y atender a la narratividad en tanto la “facultad de intercambiar experiencias” (Vignale, 2011, p. 12),² lo cual implica la transmisión del boca en boca, de generación en generación, de unos a otros.

² Vignale (2011) realiza su planteo en torno a la relación entre experiencia y lenguaje abriendo otra dimensión de la discusión que toca centralmente al pensamiento benjaminiano que refiere a la relación entre judaísmo y lenguaje. En relación con ello, Vignale expresa “la relación entre las palabras y las cosas se vuelve, permítasenos la expresión,

Benjamin (1989b) plantea estas cuestiones por vía negativa, señalando las condiciones en las que la experiencia no llega a consumarse porque quien debiera transmitirla, enmudece. Esto, de hecho, es para Benjamin uno de los efectos del avance del fascismo y del nazismo en la Europa de aquellos años, donde el terror, la muerte y la guerra son acontecimientos que devienen en el silencio sobre aquello que pareciera no poder ser narrado, ni transmitido. De este modo, al quedar el sujeto silenciado no hay quien lo escuche y las condiciones de esa transmisión se ven trastocadas por las circunstancias que los acontecimientos políticos disponen. Así, Benjamin expresa una “caída”, una “clausura” de la experiencia en tanto experiencia comunicable a raíz de los acontecimientos producidos durante la Primera Guerra Mundial, vinculando dicha “clausura” con lo que denomina como el “fin del arte de narrar”, a saber:

La cosa está clara: la cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. Lo cual no es tan raro como parece. Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto experiencia comunicable (Benjamin, 1989b, p. 167)

Frente a la atrocidad de la guerra deviene una “pobreza de la experiencia”, una terminalidad de la misma que se manifiesta en la imposibilidad de ser narrada. Paradójicamente esta “pobreza” proviene no de una carencia de acontecimientos, sino de un suceso extremo que rebasó las posibilidades de conceptualización y transmisibilidad, como si se tratase paradójicamente de una pobreza dada por el exceso de la experiencia vivida. Decir que la “experiencia ha bajado” remite a que ha perdido el carácter de comunicabilidad anulando la dimensión intersubjetiva que permite que la experiencia pueda salir de la intimidad del sujeto, eliminando así la existencia de un espacio común propio de la experiencia que es transmitida, recibida y compartida.

Adentrarnos en la cuestión de la caducidad de la experiencia, implica detenernos en la noción de terminalidad o caducidad en el pensamiento de Benjamin, atendiendo a que la experiencia para nuestro autor siempre refiere *a priori* a una dimensión pretérita en donde se efectiviza una relación entre pasado y presente (Pittaluga, 2023). Me interesa particularmente el planteo realizado por la filósofa Luciana Espinosa (2016), quien señala que las lecturas habituales sobre Benjamin consideran como uno de los ejes de su pensamiento a la experiencia desde su

“mágica”, en tanto el nombre que el hombre da a la cosa depende de la forma en que la cosa se comunica con él. De este modo, Benjamin parece mostrar una relación con el lenguaje de epifanías, de apariciones. El nombre o la palabra es aquello que hace que la cosa se nos muestre, nos aparezca. (...) esta revelación de las cosas en el lenguaje es lo que permite que tengamos experiencias, que acontezca para nosotros lo inesperado, lo innominado” (2011, p. 10).

imposibilidad o desde su fin. Es decir, el análisis de la experiencia en Benjamin se produce a partir de considerar su pobreza o la imposibilidad de su existencia. Espinosa invierte este planteo ya que comprende que la sentencia de terminalidad de la experiencia podría ser reinterpretada no ya en términos del “fin de la experiencia”, sino más bien como cierta “experiencia del fin” en determinadas condiciones históricas. En palabras de Espinosa, “la experiencia en tanto la “dilatación de su fin como modo propio de su darse. (...) se trata, más bien, de concebir una “experiencia del fin” y no de sentenciar el fin de la experiencia” (2016, p.372).

El contexto de producción de Benjamin no sólo se encuentra signado por cuestionamientos hacia corrientes de pensamiento establecidas, sino que en cuanto a las condiciones concretas de existencia se produce una incertidumbre en el tránsito de aquello “que era” antes de la llegada de Hitler al poder, hasta aquello que “ya no es” y demandó nuevas respuestas a nuevas y viejas preguntas. Ese tránsito es lo que según la autora definirá la noción de experiencia en Benjamin en relación con cierto modo de concebir la temporalidad. Al ser un tránsito, constitutivamente implica movimiento y apertura.

Esta noción de la temporalidad, al provenir del tránsito de “lo que era” a lo que “ya no es más”, implicaría una sucesión pendular generando la existencia de cierto lazo, un vínculo no finalizado entre el pasado y el presente que posibilitaría poder pensarnos históricamente.

En la Tesis XIV se expresa: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, ‘tiempo-ahora’”. (Benjamin, 1989a, p. 188), mientras que en el análisis realizado por el filósofo español Manuel Reyes Mate (2009) se menciona que para Benjamin “la meta del presente es rescatar ese ahora del pasado, por eso se puede decir que la meta es origen, es decir, consiste en cargarse del origen y traerlo al presente” (p. 225).

Esta tesis resulta relevante para nuestro planteo, ya que hay un pasado que debe ser traído al presente y que en ese acto se genera el lazo que los une, focalizando en que el origen es un tiempo que tiene más que ver con el “todavía no” que con el “ya no más”. Ese “todavía no” es la expresión del carácter abierto, la posibilidad de lo que aún no ha sucedido pero que podría suceder. Esa interpretación en torno al pasado genera consecuencias prácticas ligadas a la posibilidad de relectura de los sucesos del pasado, una “historia a contrapelo”, y consecuencias del orden de lo político vinculadas a los actos de justicia.

En relación con la noción de temporalidad, aquello que viene del pasado para ser resignificado en el presente estaría constituido por la continuidad de una serie de saberes prácticos —que

Benjamin denomina como “tradición”- cuya transmisión permitiría la reproducción a futuro de ciertos modos de vida presentes. En términos de Espinosa (2016), esto implicaría que

el tiempo, sin la posibilidad de ser articulado significativamente, carece de relevancia para el ámbito propiamente humano: la experiencia exige por lo tanto la reproducción de los modos de darse y de las formas de significarse de lo real para poder permitir al hombre continuar operando prácticamente en él. Sin embargo, lo que ha sucedido a comienzos del siglo pasado es que, producto de las modificaciones en las condiciones materiales de existencia, este lazo se debilitó y por eso Benjamin afirma que la experiencia ha quedado puesta en duda y su funcionalidad, cuestionada. (Espinosa, 2016, p. 373)

Atendiendo a esta noción de temporalidad, la autora llama la atención sobre la importancia de volver a pensar en torno a la categoría benjaminiana de origen para exponer el esquema de una temporalidad para la cual en el presente hay elementos del orden de lo que “ya ha sido” pero también de lo que aún no tuvo lugar, una mirada que imposibilita pensar los hechos como intrínsecamente clausurados: “el origen, afirma Benjamin, no se pone de relieve en la evidencia fáctica, sino que concierne a su prehistoria y posthistoria” (Espinosa, 2016, p. 380).

Retomando nuestros argumentos, la noción de experiencia benjaminiana que nos interesa posee dos condiciones: la necesidad de ser considerada en términos de una intersubjetividad que permita volverla comunicable y la relevancia de interpretarla a la luz de una noción de la temporalidad que se presenta como posibilidad y apertura, que remite a una noción de origen que no es estática ni acabada.

Otra dimensión constitutiva de la experiencia, tal como señalara antes, remite a la comunicabilidad de esta. Adentrarnos en la noción de comunicabilidad implica comprender los modos en los cuales la intersubjetividad se torna una clave de la experiencia benjaminiana. El camino que toma nuestro autor en relación con la comunicabilidad es a partir de definir a la narración como una praxis social, en tanto que lo que “expresa es menos su calidad estética que sus alcances políticos y éticos” (Oyarzun en Benjamin, 2008, p. 8).³

Las nociones de experiencia, narración, praxis social y comunicabilidad comienzan a interconectarse constituyendo un núcleo de sentido. La experiencia posee dentro de sus dimensiones a la comunicabilidad, que posibilita y es posibilitadora de la experiencia. La

³ Aquí es importante señalar que el filósofo chileno Pablo Oyarzun ha dedicado distintos trabajos sobre la noción de experiencia benjaminiana, mencionando por ejemplo que la misma pareciera contar con determinados elementos heredados de distintas tradiciones filosóficas. Menciona que “singularidad, inanticipabilidad y testimonialidad: tal sería un posible catálogo de los rasgos determinantes del concepto heredado de experiencia” (Oyarzun, 1999, p. 214).

comunicabilidad se entiende como aquello que hace a la experiencia ser lo que es. Así, lo comunicable se constituye en un espacio en común con los otros, lo cual supone la posibilidad del encuentro intersubjetivo. La noción de experiencia acaba siendo el punto de intersección de la temporalidad, de la comunicabilidad, la intersubjetividad. Los sujetos de esa intersubjetividad que importan a Benjamin, en parte por su tradición marxista, son los oprimidos, vencidos, silenciados, marginados, siendo sobre los cuales focaliza su análisis.

Las experiencias que interpelan a Benjamin no consisten en todo el abanico de experiencias posibles por las que atraviesan los hombres a lo largo de la historia de la humanidad, sino más bien la experiencia de aquellos que poseen la “felicidad frustrada”, pendiente. Es en este registro de la experiencia donde Benjamin rescata la importancia de rememorar, la importancia de la noción de memoria para abordar esas experiencias frustradas de las víctimas (1989a).

3. Memoria y experiencia

Retomando lo expresado, las experiencias que interesan a Benjamin son la vivenciadas por los sujetos que poseen la “felicidad frustrada”, pendiente. Aquí Benjamin rescata la importancia de rememorar para abordar esas experiencias frustradas de las víctimas. Al respecto, Reyes Mate menciona que para Benjamin “no hay futuro para las víctimas, solo la conciencia del hombre que les sobrevive puede cambiar la idea que nos hacemos de ellas” (2009, p. 74). El modo en el cual podrían volver al presente actualizando el pasado en el ahora es por el ejercicio de conciencia y memoria que los hombres realizan sobre hechos del pasado.

En reiteradas ocasiones Benjamin refiere a quienes son aquellos sujetos cuyas experiencias pueden ser comprendidas a partir de esta lógica de sentido, señalando que “La clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico” (Benjamin, 1989a, p. 186). La historia que cobra relevancia para el pensamiento benjaminiano es aquella que ayuda a comprender lo que sucede en el presente, y para descubrir el sentido que dicha historia posee, es necesario que lo haga quien tenga la experiencia de la lucha, la violencia y la opresión.

Reyes Mate (2009) señala que Benjamin no está pensando en algo como la revolución, sino que su intención radica en lograr comprender el presente, lo cual podría hacerse solo a través de que ciertos sujetos narren determinado tipo de experiencia del pasado. Así, el sujeto de la historia que interesa a Benjamin se encuentra íntimamente relacionado con el sufrimiento y con la experiencia de la debilidad, siendo aquel que conocería de primera mano “la gravedad de la situación” (Reyes Mate, 2009, p. 202). De este modo expresa una cuestión que será puerta de

acceso a la noción de narración, señalando que para Benjamin “los vencidos transmiten de generación en generación a través de sus leyendas y sus cantos, sus experiencias dolorosas, hasta el momento en el que el canto y el relato se traducen en acción política” (2009, p. 204).

Considerando que la noción de experiencia se presenta como un punto de intersección que conjuga pasado, presente y futuro dando lugar a una noción de la temporalidad pensada y vivida como apertura, Benjamin introduce a la memoria para indagar cómo ese vórtice temporal trae ese pasado al presente. Desde el momento mismo en que el pasado no se presenta como exclusivo de la ciencia histórica sino también de la recordación, la memoria es la encargada de “abrir expedientes que la historia da por archivados” (Reyes Mate, 2009, p. 75). Reyes Mate plantea que Benjamin es claro en este punto, considerando que “la memoria de las injusticias pasadas proporciona una experiencia singular: no nos permite cerrar los oídos a los gritos de las víctimas que claman por sus derechos, aunque no podamos recurrir a las respuestas que dan los creyentes” (2009, p. 75).

Dado que el ejercicio de memoria actúa como resistencia en tanto y en cuanto escucha la palabra de los oprimidos y trae al presente lo doloroso de las circunstancias vividas, será allí donde existirá la posibilidad de apropiarse de un núcleo de verdad de la realidad y de que la memoria de esta manera haga justicia. De igual modo atendiendo al planteo de Löwy (2003), la experiencia que interesa a Benjamin, que reconoce como auténtica, es aquella que justamente se funda “en la memoria de una tradición cultural e histórica” (p. 29), lo cual implica un proceso de recordación -y de resistencia- y no un actuar automatizado que no implica posibilidad alguna de resistir ni de recordar.

Retomando la temporalidad señalada por Espinosa (2016), el presente, el pasado y el futuro interactúan entre sí en aquello que trae y que habilita la experiencia. Con esa operación Benjamin no refiere a que su interés esté centrado en el pasado, sino que aquello que se pone de manifiesto por las experiencias de los vencidos son aquellos elementos que han quedado interrumpidos, inconclusos, frustrados. Es partiendo de esta premisa que Benjamin sostiene que la noción de experiencia implica conjugar los elementos que hacen a “la dispersión de la vida” en una unidad a la que se llega no por un esfuerzo de la voluntad sino por el fracaso del proyecto inicialmente diseñado.

La noción de experiencia que el autor rescata refiere al fracaso en tanto dicho proyecto –la modernidad- implicó víctimas y oprimidos, frustrados e infelices, quienes a su vez son aquellos que posibilitan la existencia de la experiencia en los términos desarrollados hasta aquí.

Continuando con este argumento, Reyes Mate (2009) comprende que para Benjamin,

Si somos responsables con las generaciones pasadas es (...) porque nuestro presente está construido sobre sus espaldas. Hay una continuidad entre los que lucharon en el pasado por la democracia y la democracia actual (...) sin la memoria y el reconocimiento de esas muertes, nunca entenderemos lo que ahora disfrutamos. La felicidad no nace de una reflexión metafísica, sino de la conciencia histórica. (p. 79)

Encontramos entonces una noción de experiencia que no necesariamente se comprende como clausura, sino que se refiere y se significa en concordancia con las nociones de temporalidad e historia trabajadas por nuestro autor. Es una experiencia que se lee como una experiencia del fin, de lo inacabado, de lo inconcluso, y es justamente allí donde radica la posibilidad de una acción política que puede dar cuenta de un proyecto fracasado e inacabado en el pasado y sobre el cual nos corresponde volver a través de la experiencia de las víctimas y los oprimidos. Serán esos sujetos entonces quienes en ese acto mismo de comunicar y compartir la experiencia generen las condiciones de posibilidad de la intersubjetividad y la interacción que permite que esa experiencia del pasado adquiera existencia y relevancia en el presente, para gestar también prácticas en el futuro.

Asimismo, Benjamin se plantea la tarea filosófica de construir un concepto superior de experiencia. La totalidad de la experiencia debe incluir todos los desechos de la “ciencia de la experiencia” tale como los momentos vitales extremos o marginales -muerte, dolor, olvido, injusticia-.⁴

Otra dimensión que no podemos dejar de considerar en torno al concepto de experiencia de Benjamin, tiene que ver con las visiones teológicas que el autor congenia y entrelaza con los demás tópicos de sus investigaciones.

⁴ En este sentido, atendiendo al trabajo de la filósofa argentina Florencia Abadi (2014), el surrealismo le ofrece a Benjamin elementos para ampliar la noción de experiencia. Benjamin elabora una crítica a la noción de experiencia de Kant que es la misma realiza a la Ilustración, donde la experiencia pareciera estar vacía de contenido. Según Abadi (2014), en Benjamin es posible delinear también una crítica sobre el sujeto kantiano y su noción de lenguaje. En este sentido, el lenguaje consiste en el médium (ámbito) del conocimiento, no en un mero instrumento de comunicación del sujeto. Y según afirma en un fragmento próximo, la filosofía es “experiencia absoluta deducida de manera sistemático-simbólica como lenguaje” (p. 57). Visto así, la filosofía sería una “experiencia absoluta deducida de manera sistemático-simbólica como lenguaje”. En esta relación que Benjamin construye entre lenguaje y experiencia, desplazaría la conciencia empírica como fundamento del conocimiento. En relación con el trabajo que realiza Benjamin sobre el surrealismo como dimensión que permitiría perfeccionar la noción de experiencia, la fantasía o la alucinación propias de esta vanguardia serán consideradas productivas para pensar el concepto de experiencia que debe construirse (Abadi, 2014, p. 59).

Siguiendo a Reyes Mates (2009) en sus comentarios a las tesis benjaminianas sobre el concepto de historia, la pregunta que Benjamin se hace sobre la teología, no refiere necesariamente a la existencia de Dios, pregunta que para el filósofo compete al ámbito de la religión, sino que su interés por la teología, al menos desde la perspectiva que nos interesa sostener aquí, refiere a que en ésta se encuentra inscrita en parte la historia del hombre, una historia que es definida por nuestro autor como el cúmulo de experiencias que el hombre ha tenido a lo largo de su vida (p. 53).⁵

Considerando que la pregunta benjaminiana invita a pensar al impacto del fascismo en las experiencias de los sujetos que atravesaron por esos acontecimientos y las experiencias que de ello devinieron (Benjamin, 2009), es que Benjamin plantea la relevancia de reflexionar sobre aquellas generaciones que han experimentado los acontecimientos más atroces del último siglo comprendiendo que sean aquellas las que se vuelvan mudas, dejando al descubierto una crisis de la comunicabilidad de lo experimentado y en el basamento de la acción política que implica la interacción y la intersubjetividad.

En relación con estas experiencias y en vinculación con la acción política, tal como plantea Frajman Lerner (2003) cada generación, para Benjamin, posee de algún modo su *fuerza mesiánica*, la cual se refleja

en la capacidad por re-escribir la historia, entendida como la liberación de las barbaries de la civilización y de la autoridad. Para re-escribir la historia se debe romper con los fetiches, los rituales y las religiones que la envuelven (...) La fuerza mesiánica de cada generación, según Benjamin, busca la esperanza en el pasado firmemente convencida de que ni los muertos estarán a salvo del enemigo que manipula la historia y la esclaviza a tradiciones y dogmas. (p. 75)

Es esa misma noción de experiencia y las expresiones comunicables de ésta en las voces de los oprimidos, lo que incorpora la noción y la importancia del rememorar como práctica social y política, necesaria para que esta conjugación de tiempos sea posible.

Resulta relevante la posibilidad de trabajar en dos líneas de análisis no ajenas a los modos de comprensión en Benjamin sobre estas temáticas aquí desplegadas. Una corresponde a poder

⁵ En relación a este punto, encontramos en el trabajo de Yvonne Le Meur (2011) una referencia a que “la búsqueda de Benjamin destaca por su intenso anhelo de reunir lo aparentemente separado, de vadear la brecha que el empirismo abriera entre lo material y lo espiritual, el yo y el otro, lo sensual y lo supra temporal, de manera que ni Dios ni el ser humano son objeto o sujeto de la experiencia y que la meta consiste en buscar la esfera autónoma propia del conocimiento en que este concepto —el de experiencia— ya no se refiera en modo alguno a la relación entre dos entidades metafísicas” (p. 10)

trazar una genealogía de los estudios de memoria influenciados por la perspectiva de Benjamin. La otra se centra en volver a los debates en torno a la noción de experiencia y su relación con la noción del testimonio y del testigo, figuras ambas que han sido en nuestras latitudes trabajadas a partir de las experiencias vividas a raíz de la última dictadura cívico militar argentina - 1976/1983- y que han generado fructíferos debates en relación con la palabra de los sobrevivientes, sus posibilidades –y sus imposibilidades narrativas- en los juicios a los genocidas realizados en el Siglo XXI en nuestro país.

Resta ahora comprender de qué maneras y en qué sentidos es posible leer en Benjamin el núcleo de relación entre experiencia y narración tanto como una praxis social, como también desde la perspectiva de una teoría crítica con y hacia la modernidad en la que se esboza la presencia de la justicia en la experiencia comunicable de la narración.

4. La narración en Benjamin

Tal como mencionara en el primer apartado, las vinculaciones entre las nociones de comunicabilidad y de intersubjetividad son nodales para la comprensión del sentido que Benjamin le otorga a la experiencia y las que tejen el hilo conductor con otra categoría central para el análisis: la narración, cuya esencia es su carácter relacional, y en particular, la consideración de la narración oral como modo de transmisión de la experiencia (Pittaluga, 2023; Honold, 2014). Una vía de entrada para su comprensión se encuentra en el análisis que realiza Reyes Mate (2009) en torno a la *Tesis I* de Benjamin. Allí señala que para el pensamiento benjaminiano,

La tarea de la filosofía es descifrar en el lenguaje todo lo que en él han depositado la vida del hombre y del mundo. Las palabras son las cicatrices de una historia que solicitan la atención del filósofo porque le va la vida en ello. El filósofo se convierte en traperero que recoge desechos y sobras porque les reconoce un valor teórico. (Reyes Mate, 2009, p. 54)

En esta cita se esboza una definición de las palabras y el lenguaje concibiendo que los filósofos deben prestar atención a leer el lenguaje y las palabras dado que allí se encuentran las marcas de lo acontecido y se resguardan los sucesos de la historia. Considerando a Benjamin como un pensador para el cual el lenguaje y las palabras son claves para comprender el mundo social y político de los sujetos, nos remitiremos a reflexionar en torno a la polisemia que la noción de narración supone.

Benjamin especifica que el concepto de narración, a diferencia de lo que sucede por ejemplo con géneros como la novela, debe comprenderse como una “práctica artesanal” ligada a la tradición cuya materia prima es la transmisión de la experiencia (Benjamin, 2008). La narración sería aquel *locus* donde se explicita la irreductibilidad de la diversidad, la dimensión donde las singularidades se expresan y cobran sentido. Será en ese poner en evidencia a las particularidades donde se produciría lo que Benjamin denomina justicia considerando que “el narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo” (Benjamin, 2008, p. 96).

Esta distinción se constituye como un indicio para comprender la dimensión política que adquiere el pensamiento benjaminiano y que refiere al modo de definir la narrativa, atendiendo a la consideración de la existencia histórica de una multiplicidad inherente a los sucesos políticos a partir de reconocer la presencia de singularidades que por el mismo relato de los vencedores queda silenciada. En este sentido es interesante mencionar que esta distinción de géneros realiza también una diferenciación entre la práctica artesanal de la narrativa y el conocimiento científico o aquello que solamente provee información y que no hace más en ese sentido que mantener al receptor pasivo (Weber, 2014).

La filósofa argentina Anabella di Pego (2014) señala que en Benjamin se genera una ambivalencia en relación con la noción de narración que podría resolverse si distinguimos determinadas formas de manifestación moderna de la misma –tales como la historiografía, la novela y la información periodística- de la narración oral y de una nueva forma no convencional que inspirada en ésta última recrea sus impulsos fundamentales para dar cuenta de la fragmentación de la experiencia bajo las condiciones de producción capitalista.

Cuando Benjamin (1989b) vincula una “clausura” de la experiencia con el “fin del arte de narrar”, señala:

La cosa está clara: la cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. Lo cual no es tan raro como parece. Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto experiencia comunicable (p. 167)

De manera que cuando Benjamin proclama que “el arte de narrar llega a su fin” se refiere a la narración oral con su impronta artesanal; pero entendemos que esto no implica el final de toda forma de narración, sino a “la reconfiguración de las posibilidades de la narración que, recuperando ciertos elementos de la tradición oral, revoluciona la forma narrativa misma” (Di Pego, 2014, pp. 167-168). Esa es la narración que Benjamin pretende articular con su noción de

experiencia y justicia, una narración oral que irrumpe en los cánones establecidos de los diversos géneros narrativos convencionales. Cabe destacar que en la perspectiva de Di Pego (2014), el pensamiento benjaminiano plantearía que

El narrar todavía perdurará. Pero no en su forma ‘eterna’, en la secreta, magnífica calidez, sino en formas descaradas, atrevidas, “de las que aún no sabemos nada”. A partir de esto, consideramos que, si bien Benjamin anuncia que “el arte de narrar ha llegado a su fin”, se refiere a la forma tradicional de la narración oral; y, aunque ésta se extinga en apariencia, procura al mismo tiempo delinear cómo sería posible recuperar una forma transfigurada de narración que permita dar cuenta de la moderna fragmentación de la experiencia. (p. 141)

Es en los intersticios de esa fragmentación de la experiencia en la cual asoman las singularidades y esa diversidad de sujetos, acontecimientos y sentidos de los que hablábamos antes.

La importancia de lo dicho hasta aquí radica en delinear dimensiones constitutivas de la narración que posibilitan comprenderla como condición de la experiencia y como un modo posible de práctica política ejercida por los sujetos oprimidos. En primera instancia la narración se constituye como una práctica social –dado que es intersubjetiva porque debe ser comunicable para poder transmitir la experiencia que dicha narración vehiculiza- que genera sentidos comunes y compartidos. Ello implica que nada está terminado o clausurado definitivamente, sino que por el contrario adquiere la posibilidad de reactualizarse mediante los sentidos que se generan cuando la narración transmite la experiencia y la hace comunicable y compartida.

Atendiendo a estas premisas sostenemos que la narración en Benjamin es apertura, espacio de encuentro, práctica social y movimiento, generando una dinámica donde se reactualizan y configuran experiencias cada vez que es narrada y oída. Veíamos que las experiencias que resultan relevantes a la hora de pensar en la posibilidad o -imposibilidad- de su narración refieren a las experiencias de los oprimidos, para los cuales la felicidad se ha vuelto una promesa irrealizable y para los cuales el pasado debe ser traído al presente en la posibilidad misma que de hecho ofrece la narrativa. Esta dimensión es referida por Benjamin (1989b) en relación con la importancia de rescatar estas narrativas frente a aquellas que se han realizado a lo largo de la historia sobre los eventos de la sociedad y la cultura tal como las conocemos hoy y que han sido expresadas por los “vencedores”. En la *Tesis VII* Benjamin plantea que

La naturaleza de esa tristeza se hace patente al plantear la cuestión de con quién entra en empatía el historiador historicista. La respuesta es innegable que reza

así: con el vencedor. Los respectivos dominadores son los herederos de todos los que han vencido una vez. (1989b, p. 181)

Aquí la operación que Benjamin realiza consiste en introducir una dimensión del orden de lo metodológico que refiere a la posibilidad de leer la historia “a contrapelo” lo cual genera una serie de consecuencias. Es el análisis realizado por Reyes Mate (2009) sobre esta tesis, la lectura a “contrapelo” refiere a que si pretendemos profundizar en el conocimiento de la historia sin dejar nada silenciado de esa narrativa, debemos atender a lo despreciado por la historia canónica (p. 141) que ha sido narrada por los vencedores, quienes han omitido que cualquier documento de cultura ha implicado un documento de barbarie, es decir, cualquier narración generada por los vencedores implica que ha habido una experiencia de los vencidos que no ha llegado a ser narrada. Lo que Benjamin pretende decir no es que necesariamente la cultura se deba comprender *a priori* como barbarie, sino que en la cultura radica siempre un germen de ésta.

En este sentido el pensamiento benjaminiano expresa que la pretensión consistirá en la posibilidad de construir una historia que logre trascender a aquella contada solamente por los vencedores y que a su vez permita que “el vencido puede por tanto convertir la experiencia frustrada en expectativa de la historia” (Reyes Mate, 2009, p. 137).

Este elemento es clave para comprender la relevancia que tiene en Benjamin la comunicabilidad de la experiencia a través de la narración ya que es ese momento de apertura en la narrativa lo que posibilita constituir esa noción de experiencia como posibilidad de conocimiento de la propia historia, poniendo de relevancia aquello que ha quedado silenciado a favor de una historia narrada por los vencedores. A su vez evidencia la importancia que la oralidad posee en la posibilidad de recolectar los testimonios que den cuenta de esas historias de los vencidos inclusive frente a la hegemonía de la palabra escrita, la cual para Benjamin también es prerrogativa de los dominadores.

Ahora no es menor señalar algunas cuestiones que permiten comprender la importancia del lenguaje en el pensamiento benjaminiano y que aparecen expresadas por ejemplo en la Tesis XIV: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, “tiempo – ahora” (Benjamin, 1989a, p. 188).

Aquí se expresa que el trabajo de actualizar el pasado en el presente implica un proceso de depuración lingüística comprendida tanto como un asunto estético y epistemológico, como también un acto moral correspondiente al hecho de que el nombrar las cosas por su nombre,

poder leer la historia a contrapelo, implicaría un ejercicio de la justicia en tanto que se vive en injusticia cuando lo único narrado es lo significado por los vencedores.

Reyes Mate (2009) señala que en este acto Benjamin estaría abogando por construir una teoría del lenguaje ligada a una teoría moral en la que el lenguaje equivaldría de hecho a la verdad, significando por ello que el hombre y el mundo deben ser entendidos como textos que funcionan con la lógica del lenguaje, donde la verdad del hombre y del mundo tiene que atender, igual que el lenguaje, al origen y a la meta (p. 228).

La noción de origen a la que refiere Benjamin y que Reyes Mate rescata implica un origen que se reactualiza –como vimos en relación con la temporalidad- y conlleva novedad. La operación que Benjamin realiza vincula esa noción de origen que se expresa en el lenguaje a través de la posibilidad de la narración con un concepto que ya aparecía en relación con la experiencia: la memoria. Incorporarla a la narración benjaminiana implica que volver al origen referirá a tomar conciencia y reflexionar en relación con las exigencias y necesidades de evidenciar las esperanzas de justicia de un pasado frustrado y que es dado por clausurado, considerando que en Benjamin esta clausura no es total, sino que implica reactualizarse en el presente a través de la “lectura a contrapelo”.

Antes de adentrarnos en la cuestión de la memoria como encuentro de la narración, la experiencia y la justicia, interesa detenernos en otra referencia que encontramos en Benjamin en relación con la noción de justicia y que refiere a la figura del detective (Lindig, 2014). Esta figura interpretativa es señalada por Benjamin en sus textos sobre Baudelaire. Al respecto, la filósofa mexicana Erika Lindig refiere que

Se trata de una historia de detectives invertida: las imágenes dialécticas benjaminianas son figuras (indicios) que hablan, en efecto, de un crimen, pero no de un crimen consumado, sino de un crimen en el ahora de su interpretación. Son capaces de hacer justicia, porque al ser empleadas o interpretadas dan voz a la expresión de las experiencias que han sido, y que fueron excluidas de las historias oficiales, pero sobre todo porque permiten dar cuenta del crimen actual. En los textos sobre Baudelaire del método constructivo de Benjamin, el crimen es la pobreza de experiencia de la modernidad capitalista, con todas las formas de violencia que esta nueva configuración de la experiencia trajo consigo. (Lindig, 2014, pp. 219-220)

Es interesante notar cómo en una misma operación la autora pone en relación la noción de justicia con la de experiencia sosteniendo que la primera responde a la posibilidad de hacer evidente aquellas experiencias que han configurado el pasado –y que configuran al presente

desde su ausencia- y que no han sido narradas en la versión de la historia sostenida por los dominadores en el tiempo presente. Eso es lo que constituye un crimen, la injusticia de la no expresión que se vuelve un crimen actual, una noción del crimen que no refiere solo a la atrocidad de la primera guerra y de los albores de la segunda.

Sobre ese punto avanzaremos ahora, las relaciones entre la noción de justicia, experiencia y narración atravesados por una noción que los constituye y que posibilita la lectura de esta relación: el concepto de memoria.

5. La memoria como el encuentro de la narración, la experiencia y la justicia.

Si hay una dimensión que ha atravesado las nociones trabajadas, ha sido el de la memoria. La memoria en relación con la experiencia, la memoria en relación con la narración y también la memoria como sinónimo de justicia y el olvido como sinónimo de lo injusto.

No es menor considerar que en nuestras latitudes, en los años donde se fueron develando la ubicación de los centros clandestinos de detención resignificados luego como sitios de memoria y en las décadas en que se reabrieron los juicios por crímenes de lesa humanidad contra genocidas, los estudios en relación con la categoría de memoria hayan habilitado muchas de las recepciones de Benjamin con las que contamos en Argentina hoy. De igual modo, pensar estas conexiones analíticas nos remite nuevamente a considerar el vínculo entre memoria, justicia y comunicación, atendiendo a que la práctica de memoria que refiere indefectiblemente a la narración necesita de ser significada *para* y *por* otros, compartida en un proceso de configuración de lo intersubjetivo, donde la experiencia vinculada a esa narración adquiere sentido a partir de su condición de ser comunicable. Así, la memoria necesita ser comunicada, porque necesita ser traducida también como experiencia compartida, narrada, de unos a otros, de generación en generación. Y en ese acto, radica la justicia, trayendo el pasado al presente para hacerlo compartido y comunicable.

En este entramado conceptual, la violencia adquiere también una dimensión a atender. Oberti y Pittalunga (2006) plantean que indagar en la relación entre experiencia, narración y violencia implica poder considerar las topologías. Y considerarlas significa hacerlo en relación con territorios que son leídos -y transitados- como topos de memoria. Al respecto, plantean que tal como lo señala Sigrid Weigel,

Benjamin apela a distintas figuras, como aquellos registros topográficos o arqueológicos que en sus reflexiones constituyen una imagen del territorio de

memoria; territorio compuesto por capas, estratos, rastros. En la utilización de una alegoría arqueológica para pensar la memoria-que conlleva un lugar central para la imagen de la excavación como actividad para recordar- Benjamin llama la atención sobre los caminos de búsqueda más que sobre lo que se encuentra. E insiste en la relevancia del lugar preciso del encuentro “quien solo haga el inventario de sus hallazgos sin poder señalar en qué lugar del suelo actual conserva sus recuerdos, se perderá lo mejor. Por eso, los auténticos recuerdos no deberán exponerse en forma de relato sino señalando con exactitud el lugar en el que el investigador se apoderó de ellos. (Oberti y Pittalunga, 2006, p. 196-197)

Siguiendo esa línea argumental,

En el “Exposé de 1935”, Benjamin considera que las ruinas de la burguesía se vuelven una escritura de la memoria cuya legibilidad se asemeja al modelo freudiano de la memoria –recordemos aquí la importancia que tuvo en Benjamin la lectura de las obras de Freud, por ejemplo, en relación con la noción de trauma a la hora de considerar la imposibilidad de la narración de determinadas experiencias-. Ciertos símbolos del deseo del pasado del siglo XIX –como los pasajes, los salones de exposición o los panoramas- han sido arrasados por el “desarrollo de las fuerzas productivas”, y yacen abandonados, olvidados, aun cuando los monumentos que los representaron todavía no se han desintegrado. (Oberti y Pittalunga, 2006, p. 201).⁶

La experiencia y la narración no son temáticas aisladas en Benjamin, sino que se encuentran en constante relación y como núcleo de un pensamiento ético e histórico y que además se presupone crítico de la época en la cual le toca ser protagonista. Esa noción de experiencia y ese concepto de narración se ponen en relación, plantea Espinosa (2016), bajo el elemento común del tiempo presente en el que se encuentran y se manifiestan.

Lo mismo sucede con la justicia en tanto pueda ser entendida como memoria, donde existe la posibilidad de manifestarse en tiempo presente trayendo a colación un pasado que en su momento fue silenciado, ya sea por la imposibilidad de narrar de la víctima en tanto no había quien hiciera de esa transmisión una experiencia común o ya sea porque dicha víctima ya ha

⁶ Benjamin señala que estas transformaciones urbanas fueron importantes porque la asimilación del literato al capitalismo en gran medida pasó por las ciudades y los nuevos bulevares que se abrieron en el período del gobierno de Hausmann y dieron pie a ese “tipo social” que será central en su interpretación de Baudelaire: el flâneur. Esta expresión posiblemente la tomó del mismo Baudelaire, para quien el dandy surge en las épocas transitorias, en el momento de aparición de la democracia y desaparición de la aristocracia, cuando ésta ha venido a menos y por sus grietas brota esa minoría elegante, excepcional y orgullosa. Aun cuando esto no sea del todo exacto, lo que conviene destacar es que para Baudelaire “el dandismo es una actitud estética de oposición y rebeldía contra las coordenadas de la burguesía y la incipiente forma política de la democracia” (Gallegos, 2014, p. 33).

desaparecido físicamente. La justicia en ese sentido no se lee en términos de algo irrealizable, sino que adquiere su carácter específico en el ejercicio de traer al presente esas voces para poder decir aquello que nunca fue dicho. Así como la memoria era un concepto nodal que atravesaba transversalmente la articulación analítica de las nociones nucleares que hemos trabajado aquí, encontramos que Benjamin le añade un elemento que no estaba presente antes y que adquiere potencia puntualmente en la *Tesis VI*, cuando Benjamin expresa que

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo «tal y como verdaderamente ha sido». Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro. Al materialismo histórico le incumbe fijar una imagen del pasado tal y como se le presenta de improviso al sujeto histórico en el instante del peligro. (...) El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente al historiador que está penetrado de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer. (1989a, pp. 180-181)

A lo que Benjamin refiere es que el sujeto en situación de peligro logra tener un registro de lo vivido distinto a aquellos que no la han experimentado y que la situación de peligro no implica solamente haber pasado en concreto por un riesgo específico, como el haber estado en un campo de concentración o la situación del exilio durante la Primera Guerra, sino que la situación de peligro vale para el sujeto que recuerda, que pretende hacer el ejercicio de memoria que deviene – o se corresponde- con un ejercicio de justicia.

Aquí quedan en evidencia dos dimensiones complementarias: por un lado, considerar al ejercicio de memoria como una práctica contestataria del orden establecido y que pone en riesgo a quien lo hace, porque recordar implica traer al presente la voz de los vencidos lo cual atenta contra el *statu quo*. Asimismo, pone sobre relieve aquello que refiere al sujeto de esta “historia a contrapelo”, históricamente oprimido. El que ha vivido y continúa viviendo en peligro. Peligro que para Benjamin consiste en que la existencia se ve amenazada por algún tipo de violencia que corresponde a grupos, pueblos segregados, a sus ideas, sus conceptos, sus propias tradiciones.

Estas líneas deben leerse pensando a Benjamin como un crítico de la cultura, lo cual se percibe en distintos pasajes de su obra poniendo en relieve distintas imágenes alegóricas, como la imagen del vagabundo, quien condensa en sí misma una serie de desplazamientos que refieren a la situación del marginado recordando además aquello de que “todo documento de cultura, lo es también de la barbarie”.

En relación con el peligro que suponen los actos atroces de la guerra, Benjamin considera que luego de semejante muestra de la atrocidad humana, el peligro dejó de ser una probabilidad para volverse una posibilidad latente, real. La potencia de ello radica en comprender que, a pesar de que las condiciones históricas no siempre devengan en la existencia de campos de concentración o de centros clandestinos de detención, la ausencia de estos debe interpretarse como algo que de hecho podría volver a ocurrir. La ausencia de estas situaciones debe leerse como la posibilidad concreta de que algún día nuevamente se produzcan, no como la imposibilidad de que la humanidad vuelva a configurar esos niveles de crueldad.

Sobre esto, Reyes Mate alerta al señalar que “la memoria, sin embargo, se niega a tomar lo que hay por toda la realidad, de esta realidad presente o aparente forma también parte lo ausente” (2009, p. 119). Es en ese sentido que Benjamin nos habla de la posibilidad latente de que algo que en apariencia está ausente pueda volverse una realidad concreta. Y la alerta sobre esa ausencia es parte indispensable de la realidad que se pretende traer al presente en pos de la justicia de los vencidos, es aquella que despierta el ejercicio de la memoria, volviéndose por ello peligrosa para la clase opresora.

Del mismo modo en que la noción de memoria se condice con la noción de justicia trayendo al presente mediante la narración las experiencias del pasado de los vencidos, la noción de olvido se condice con la de injusticia señalando Benjamin que el olvido está conformado por dos dimensiones: una que refiere a la ignorancia y otra que refiere a la injusticia, donde el pasado no sólo que se desconoce, sino que no posee importancia por los sectores que escriben la historia. Esa noción del olvido significada por un pasado que se desconoce y que al desconocerse pierde importancia se refleja en que “mientras el enemigo ande suelto los muertos no estarán seguros, porque ya se encargará él que no salgan de la tumba” (Reyes Mate, 2009, p. 120). A lo que refiere aquí Benjamin, según plantea Reyes Mate en su análisis, es que la insignificancia de los muertos es obra del mismo opresor. Este punto nos regresa a la relación que Benjamin establece entre la necesidad de existencia de la narración en la configuración de un lenguaje que ponga palabras a una realidad silenciada y la imposibilidad de la narración producto del silencio y el olvido planteando que la muerte no es solo física, sino que es también un morir hermenéuticamente. (Reyes Mate, 2009, p. 120).

Pensar a la memoria como punto de encuentro de los conceptos de justicia, narración y experiencia, responde a una noción de temporalidad comprendida en términos de apertura y que implica una doble definición del pasado ligadas al presente. Un pasado que está de manera concreta en el tiempo presente y que se corresponde al pasado de la lectura de una historia

elaborada por los dominadores, y un pasado ausente del tiempo presente y sobre el que hay que volver para hacer justicia de esos vencidos y para poder configurar prácticas posibles en un futuro donde primen otras - ¿todas? - las narrativas posibles.

Siguiendo este argumento, Reyes Mates plantea que en esta doble concepción del pasado se produce en Benjamin algo que podríamos definir como un “giro copernicano” que consistiría en considerar ese pasado oculto, no como aquello que se encuentra silenciado porque refiere a algo ocurrido que ya no volverá a suceder, inerte, sino como algo que ha sido por el propio devenir de la relación opresor-oprimido como privado de vida, de posibilidad de existencia. Como una carencia, una ausencia y, por tanto, como un deseo -frustrado- de realización (Reyes Mate, 2009, p. 122).

Según este análisis, lo que Benjamin refiere es coherente argumentalmente con lo que mencionáramos al principio de este trabajo, cuando referíamos a que en aquello que pareciera encontrarse imposibilitado, finalizado, residiría la potencia misma de que pueda volver a la vida, que sea narrado y que por ende se haga justicia.

En esa no realización radica la misma posibilidad de su existencia, de volverse posible y revelarse frente lo dado. En este sentido es que nuestro autor sostiene que aquello denominado como la realidad se define tanto por la existencia de lo fáctico como por la posibilidad de lo posible. Esta posibilidad de la existencia es también una consideración clave realizada por Benjamin en relación con la noción de justicia. Este planteo es retomado por el filósofo australiano Andrew Benjamin (2017) cuando nos refiere que

El poder, no la violencia, es un elemento esencial de la justicia. Lo que es igualmente cierto es que para deshacer ese montaje, la contramedida como efectiva, necesita otro mundo. Esto no es el posicionamiento de una utopía. Ese otro mundo es uno que debe ser hecho. Siguiendo el argumento del "Carácter Destructivo", un texto publicado quince años después de la redacción del breve texto sobre la justicia, es un mundo para el que no puede haber una imagen que lo acompañe. Sin embargo, la prevalencia de la justicia es sólo una posibilidad y sólo está presente como una potencialidad que debe actualizarse. (Andrew Benjamin, 2017, p. 8)

Retomando nuestro hilo, la experiencia, la narración y su vinculación con la noción de justicia refieren a la memoria tanto en su ejercicio como práctica de justicia que requiere poder recordar la experiencia para que ésta pueda ser narrada, como también a los sujetos que posibilitan la existencia de esa narración, de esa experiencia y finalmente quienes tendrán el trabajo de construir esa “historia a contrapelo” en la que se consumará el acto de justicia.

6. Conclusiones

Al iniciar este recorrido, señalamos que nuestro punto de partida sería detenernos particularmente en las conceptualizaciones y sentidos que Benjamin le atribuyó a la noción de experiencia, sus modos de significarla y las relaciones posibles que nuestro autor estableció entre la experiencia y el concepto de narración. Avanzando en estas nociones nos detuvimos en otro elemento conceptual en relación con el núcleo experiencia-narración y que sería también nodal para el desarrollo de lo expresado en estas páginas: la justicia.

Partiendo de ese nodo analítico relacional, logramos encontrar elementos que posibilitaron pensar trazos de su pensamiento político, develando a lo largo de esta cartografía que los modos de definir la justicia que planteó Benjamin se encontraban ligados a la concreción de un espacio compartido, común e intersubjetivo que adquiriría existencia en la posibilidad misma de la comunicación de la experiencia, mediante la narración. Para lograr comprender más acabadamente las relaciones que el autor fue estableciendo y aquellas que logramos establecer a lo largo de lo trabajado, fue necesario detenernos en su modo de concebir la temporalidad, una temporalidad que planteaba relaciones abiertas, dialécticas y habilitantes de nuevas posibilidades entre el pasado, presente y futuro. Esta noción de la temporalidad en Benjamin no era una concepción azarosa, tenía una clara correspondencia con sus modos de concebir los acontecimientos históricos que en apariencia parecían haber quedado en el olvido. Las experiencias de ese pasado traumático podían resignificarse en el presente a partir de la narración de los acontecimientos sufridos. La experiencia en ese sentido no podría pensarse como caduca ya que siempre existiría la posibilidad de que sean traídas al presente mediante esa actividad artesanal constituida por la narración.

Considerar a la experiencia como “experiencia del fin”, nos llevó a encontrarnos con una noción que nos acompañó a lo largo de este recorrido: la memoria. En ese sentido, la posibilidad de recordar se convirtió en aquel acto de justicia que Benjamin contrastaba contra la injusticia definida como el olvido. El recordar posibilitaría que en el presente el pasado cobre una dimensión significativa que habilite a aquellos sujetos históricamente silenciados a poder transmitir finalmente esa experiencia de lo acontecido. De esta práctica del recordar, de este modo de conceptualizar la memoria, penden las posibilidades de abrir a las generaciones futuras la memoria viva de lo acontecido a través de sus múltiples voces y silencios, devenidas de las singularidades que caracterizan a la narrativa, en la cual se expresa y configura la experiencia de la comunidad.

Estos elementos nos llevaron a abrir la puerta tímidamente para el análisis de las relaciones que establece Benjamin en sus escritos en relación con las topografías, las cartografías, la memoria y las experiencias de violencia. El uso que realiza nuestro autor en relación con estas figuras no se limita a la puesta en escena de un recurso metafórico o literario, sino que expresan un riguroso trabajo epistemológico en torno a los modos de concebir y significar los espacios, las calles, los edificios, los paisajes y las maneras en que los mismos se configuran como una forma narrativa de las experiencias del pasado, de la violencia y de aquello que se pretende mostrar u ocultar, cual sea el caso que se analice.

7. Referencias

- Abadi, F. (2014). La ampliación del concepto de experiencia en Benjamin: de Kant al surrealismo. En F. Naishtat, E. Gallegos, y Z. Yebeles (Eds.), *Ráfagas de dirección múltiple. Abordajes de Walter Benjamin* (pp. 51-76). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Benjamin, A. (2017). The world of Striving. Walter Benjamin's notes to a study on the category of justice. En *Anthropology & materialism*. Special Issue. I. <https://journals.openedition.org/am/823>
- Benjamin, W. (1989a). Tesis de filosofía de la historia. En W. Benjamin, *Discursos ininterrumpidos I*, (pp. 175-191). Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (1989b). Experiencia y pobreza. En W. Benjamin, *Discursos ininterrumpidos I*, (pp. 165-173). Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (2008). *El narrador*. Santiago de Chile: Ediciones Metales pesados.
- Benjamin, W. (2009) *Estética y política*. Buenos Aires: Ed. Las cuarenta.
- Cabrera Sánchez, J. D. (2017). *La mirada a la Experiencia: una reflexión sobre el problema de la experiencia y el lenguaje en la obra de Walter Benjamin y Giorgio Agamben*. [Tesis de Maestría en Filosofía]. Universidad de los Andes. <https://repositorio.uniandes.edu.co/server/api/core/bitstreams/7a9e9110-adbf-434d-93ae-ffb026ffbb4f/content>
- Di Pego, A. (2014). La ambivalencia de la narración en Walter Benjamin. En F. Naishtat, E. Gallegos, y Z. Yebeles (Eds.), *Ráfagas de dirección múltiple. Abordajes de Walter Benjamin* (pp. 137-163). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Espinosa, L. (2016). Hacia una “experiencia del fin”. Una lectura sobre la decadencia como clave de la temporalidad Benjaminiana. *Eikasia Revista de Filosofía*, 71, 371-382.
- Frajman Lerner, M. (2003). El mesianismo en el pensamiento de Walter Benjamin. *Revista de Ciencias sociales*, 2(100), 71-76.
- Gagnebin, J.M. (1999). *Historia e narracao en Walter Benjamin*. Sao Paulo: Editora Perspectiva S.A.
- Gallegos, E. (2014). Walter Benjamin y el ciframiento político de la estética de Baudelaire. En F. Naishtat, E. Gallegos, y Z. Yebeles (Eds.), *Ráfagas de dirección múltiple. Abordajes de Walter Benjamin*. (pp. 23-49). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Honold, A. (2014). Narración. En M. Opitz y E. Wizisla (Eds.), *Conceptos de Walter Benjamin* (pp. 793-844). Buenos Aires: Las cuarenta.

- Le Meur, Y. (2011). Las épocas de crisis: Walter Benjamin y la Escuela de Frankfurt. *A parte rei. Revista de Filosofía*, 74, 1-20.
- Lindig, E. (2014). Imagen dialéctica e índice histórico. En F. Naishtat, E. Gallegos, y Z. Yebenes (Eds.), *Ráfagas de dirección múltiple. Abordajes de Walter Benjamin* (pp. 207-225). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Löwy, M. (2003). *Walter Benjamin. Aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2006). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamiento sobre la historia*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo.
- Oyarzun, P. (1999). *De lenguaje, historia y poder. Nueve ensayos sobre filosofía contemporánea*. Santiago de Chile: Colección Teoría. Universidad de Chile
- Oyarzun, E. (2008). Introducción. En W. Benjamin, *El Narrador* (pp. 7-52). Santiago de Chile: Ediciones Metales pesados.
- Pellerano, R. (2008). Capas, o el modo de atravesar experiencias. *Walter Benjamin. Límite*, 3(18), 5-19.
- Pittaluga, R. (2023). Hacia una historia crítica. Notas en torno a las tesis de Walter Benjamin. *Anuario De La Escuela De Historia*, (39). Recuperado a partir de <https://anuariodehistoria.unr.edu.ar/index.php/Anuario/article/view/404>
- Reyes Mate. M. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin sobre el concepto de historia*. Madrid: Ed. Trotta.
- Staroselsky, T. (2020). Una flor imposible. Walter Benjamin y la experiencia en crisis. *RESISTANCES. Journal of the Philosophy of History*, 1(1), 9-22. <https://doi.org/10.46652/resistances.v1i1.16>
- Vignale, S. (2011). Experiencia y narratividad en Walter Benjamin. *Páginas de filosofía*, 12(15), 5-16.
- Weber, T. (2014). Experiencia. En M. Opitz y E. Wizisla. (Eds.), *Conceptos de Walter Benjamin* (pp. 479-525). Buenos Aires: Las cuarenta